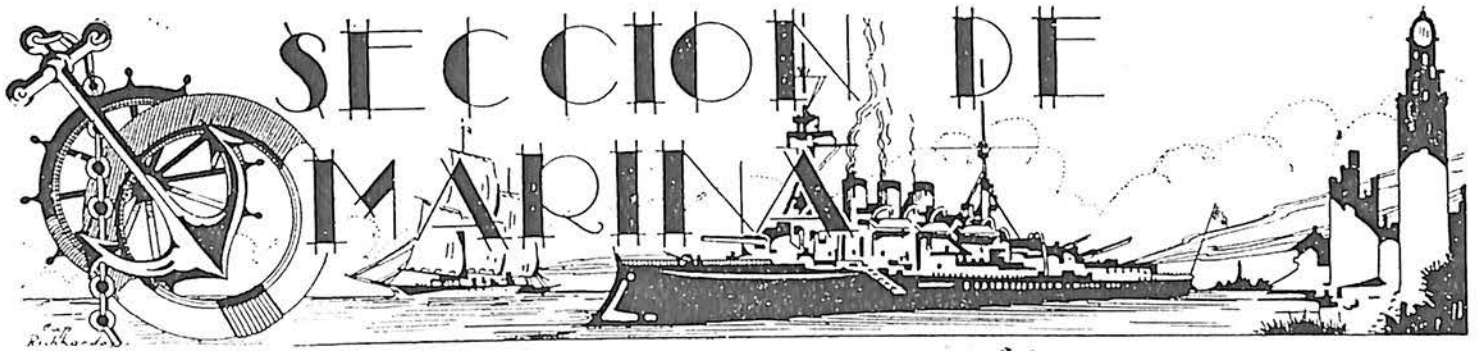


Mayo 1931



LOS REPATRIADOS Y NUESTRA ARMADA

Guardiamarina RAMON SANCHEZMENA.

En uno de sus números recientes, ha publicado un periódico de la capital un artículo con el título de "Es interminable la caravana de repatriados," que escojo como preliminar expositivo entre todos los que diariamente se publican, porque es uno de los que muestra mejor la situación de nuestros compatriotas, dice así:

".... en su mayor parte vienen a pie, expuestos a todas las inclemencias del tiempo y padeciendo hambre. A cambio de la fortuna y las comodidades que creyeron encontrar allende el Bravo, sólo hallaron un misérrimo trabajo que apenas si les rendía lo indispensable para mal comer. Hubieron de pasar días de verdadera vigilia y muchas noches a la intemperie, para ir a dar después a las cárceles, cuyas puertas encontraron abiertas de par en par por haber violado las leyes de migración norteamericanas y por haber sido considerados en la categoría de vagos al quedar cesantes.

"Todos ellos, o cuando menos en su mayoría, vienen enfermos y necesitados de auxilios. Llevan varios días de caminar por los desiertos del Norte en donde a veces ni agua han encontrado..."

"A veces se ve caminar a pequeños grupos de repatriados que a pie, descalzos y hambrientos, en cada lugar donde llegan imploran la caridad pública para poder seguir adelante"... y con trazos vigorosos pinta el cuadro de la doliente caravana de aquellos infelices que regresan con los pies y el corazón sangrante, regando el camino con sudor, lágrimas y algunas veces con los cuerpos inanimados de los que fueron a romper sus ilusiones a los pies del becerro de oro al otro lado del Bravo.

"Regresan con la frente humillada, el estómago vacío, los pies sangrantes y más que seres que deberían de estar alborozados de pisar el patrio suelo, semejan el éxodo de la caravana de pesadilla, que tanto nos relataron los escritores rusos para hacer resaltar los errores del czarismo, de los deportados a Siberia, bajo el látigo de los cosacos que van dejando girones de carne y girones de alma en la estepa inacabable, seguidos por una nube negra de buitres en espera de su segura víctima. Al igual, nuestros repatriados caminan y caminan sin descanso, blanqueando más de una vez con sus huesos los desiertos del Norte, acosados por el hambre y la desconfianza de los vecinos de los poblados que atraviesan, que les cierran las puertas de sus casas

porque se les figura ver en cada uno de ellos, un probable ladrón que saltará presto sobre algo que le permita comprar pan para él o para sus hijos.

"Este espectáculo tan poco edificante, durará quién sabe cuánto más tiempo, ya que según "La Opinión" de Los Angeles, Cal., 200,000 mexicanos están en peligro de ser deportados de California, por haber burlado las leyes de migración, y esta amenaza los amedrenta como la espada de Damocles, convirtiéndose para ellos todos los Estados de la Unión Americana en la bandera que los representa: barras y estrellas. ¡Barras de las prisiones y estrellas de las placas policíacas de los agentes que los persiguen!

"Nosotros, mexicanos patriotas (?), vemos todos estos actos denigrantes para nuestros hermanos de raza; la mayoría, con indiferencia, otros con el paradojismo de cierta gozosa conmiseración con que los abúlicos reciben a los fracasados, y la minoría con indignación y lástima.

"La Secretaría de Gobernación, para evitar estos actos penosos ha puesto en distintas ocasiones trenes a disposición de los emigrantes, desde el Norte de nuestra República hasta el corazón de la misma; pero parece que a últimas fechas, quizá por lo dispendioso que resulta al erario estos desembolsos, o pensando, probablemente, que tales individuos fueron a los Estados Unidos cuando quisieron y como pudieron, ha decidido que regresen cuando quieran y como puedan."

Si usando el ferrocarril se ha hecho un gasto oneroso, ¿por qué no utilizar otro medio, antes que sufran escarnio nuestros compatriotas?

Bien se haría en utilizar nuestros barcos de guerra que, aunque pocos, podrían traer por ambos litorales gran número de mexicanos deseosos de volver al país e irlos desembarcando a lo largo de las costas, en puertos elegidos por ellos, y que dada la configuración de nuestro territorio "más largo que ancho," aun caminando a pie, como lo hacen muchos de Norte a Sur, les sería más fácil el arribo a sus hogares.

La utilización de este medio de transporte trae consigo una gran economía monetaria, ya que utilizando los ferrocarriles, éstos, en el precio de los pasajes tiene que incluir cantidades por sueldos pagados a los empleados, por el desgaste del material, por combustible consumido, etc., y como es lógico

suponer, un tanto por ciento de ganancia para la compañía; gastos que, utilizando nuestras unidades marítimas, no se tomarían en cuenta, pues bien sabido es que el personal que los tripula, navegue o no, percibe sus haberes y gastos de conservación para el material, lo único que se alteraría, sería lo que se erogara por concepto de combustibles. Si la Secretaría de Guerra no amplía la partida respectiva, la Secretaría de Gobernación, comprándolos, le resultaría más económico aún que pagando transporte terrestre.

Si la Armada Nacional "...tiene por objeto hacer la guerra en la mar y las costas en defensa de la independencia, integridad y decoro de la nación..." (Ordenanza General de la Armada, título I, artículo 1º), ¿por qué no se procura esto?

No solamente haciendo la guerra, derramando sangre extranjera (cosa casi fantástica en nuestra historia naval), o lo que es peor, sangre hermana, se puede mantener en alto el decoro nacional, sino que, valiéndose de otros medios, nuestra marina puede llenar ese cometido, evitando actos indecorosos para el país, tales como la expulsión y persecución de los mexicanos en Estados Unidos, lo cual es más patriótico que dejar morir a nuestros barcos sin aprovecharlos.

La corbeta "Zaragoza," de grata recordación entre todos los elementos de la Armada Nacional, hizo algo por el decoro de la nación, llevando en su proa bañada por todos los mares de la tierra, una muestra de la cultura mexicana a países donde aún nos creían con plumas en la cabeza.

En la actualidad se puede hacer algo por el buen nombre de México.

El sistema de repatriación propuesto sería de gran éxito, pues el que esto escribe, como casi todos los oficiales de la Armada, ha tenido oportunidad de ver en puertos norteamericanos del Atlántico y del Pacífico, así como en otros extranjeros, a cientos de mexicanos solicitando permiso para regresar al país a bordo de nuestras naves, habiendo varios de ellos que hicieron el viaje desde algún poblado relativamente lejano, hasta donde el barco azteca estaba fondeado—permiso que se les concedió a un reducido número de ellos—, no sé por qué motivo, no obstante las desesperadas gestiones hechas por estos desgraciados cerca de los Cónsules cuya obligación es: "Socorrer, atendiendo a las disposiciones vigentes, a sus connacionales desvalidos y proporcionarles el regreso a su país." (Derecho de Gentes y Marítimo Internacional por el Contraalmirante J. Mozo. Capítulo XI. Cónsules.)

Igualmente pasó en La Habana y Panamá donde también les fué negada la instancia de embarque, aunque no por eso se retiraron de los muelles, esperando un cambio de opinión favorable a sus proyectos. La esperanza, que muere al último, los sostuvo para contemplar su fracaso.

Las mujeres, con lágrimas en los ojos, y los hombres, con una imprecación a flor de labio para aquellos que les impidieron el retorno a la tierra natal, presenciaron cómo el barco se hacía a la mar llevándose sus ilusiones; vieron la insignia patria perdiéndose en los azules horizontes, agitada por

vientos de mares extranjeros, como el último adiós de la Patria, como el pañuelo de una madre que se despidió para siempre de sus hijos...

Y sin embargo de todo lo anterior, en Kingston y Santo Domingo embarcaron unos extranjeros, verdaderos "virtuosos" de los instrumentos que tocaban, que en jira artística recorrían varios países con México incluido en su derrotero. ¡Oh, Mecenas inmortal, aún quedan sacerdotes de tu culto en este mundo donde impera la vulgaridad! ¡Noble labor la de proteger el arte! Pero, el patriotismo que pregonamos a todos los vientos ¿dónde está?

Este es como una mercancía de mala calidad, voceada por un comerciante de mala fe, que mientras más mala es, más alabanzas hace de ella para convencer al cliente de su bondad. Así nosotros gritamos a todo el que quiere oírnos (y muchos los han creído): ¡Somos el centinela vigilante de Hispanoamérica! ¡La valla que la raza pone al imperialismo yanque! ¡Los paladines del latinoamericanismo!... pero dejamos que nos escarnezcan de manera tal, que solamente de oírlos, hierve la sangre en las venas y vienen a nuestras mentes, con la nostalgia con que añoramos a seres que ya no existen en nuestro suelo, las frases de nuestro vibrante himno patrio "Antes, Patria, que verte humillada... un soldado en cada hijo te dió..." que aquellos cantaron más que con los labios, con el alma y que tal parece que para la generación actual no tiene resonancia.

Ya que no tenemos fuerzas para hacer valer nuestros derechos y devolver los agravios a punta de bayoneta, cuando menos hagamos lo posible para evitar el bochorno de recibir humillaciones.

Que nuestra marina sea la encargada de ello haciendo viajes constantes a puertos de Estados Unidos, para traer a los repatriados, y si alguna de sus viejas naves queda inservible en la jornada, como un anciano sometido a un trabajo mayor que sus fuerzas, no importa. ¡Es preferible perecer persiguiendo el ideal de alcanzar una estrella, que morir en una charca con el alma y la boca llenas de cieno.

A infinidad de personas de distintas clases sociales he oído decir: "nuestros barcos no hacen nada," "nuestra marina no sirve para nada," "nunca han tenido combates navales," etc. En parte tienen razón y en parte no la tienen.

No tienen razón, porque la marina de cualquier país, en cualquier tiempo, siempre marcha con el orden material que guarda este país en su régimen interior y en el concierto de las demás naciones. Un país con varios millones de habitantes, industria floreciente, comercio en auge y que su agricultura guarde un lugar envidiable, tiene una Armada fuerte que sea su orgullo y su sostén a la vez; pero una nación como la nuestra, mediocre en todos sentidos, sin industria, sin comercio y sin agricultura, en estado pésimo, no puede ni tiene derecho a tener una Armada respetable.

También hay que convencernos de que no somos una raza de héroes ni de genios. El pueblo exige a los elementos armados del país batallas de Austerlitz y Trafalgar, cuando no existe en nuestro

Ejército un Napoleón, ni en nuestra Armada un Nelson.

Estas exigencias se deben a que somos uno de los pueblos más teatrales y comediantes del mundo, amantes del bombo y del "bloof," incapaces de hacer un acto patriótico si lo ignora el vecino, y si este acto no es de los que se anuncian con repiqueteo de campanas, cohetes voladores y paseos con fanfarria por calles y plazuelas para llamar la atención de los demás países. Tan cierto es esto, que hemos visto que ha tenido siempre más éxito entre nosotros una campaña electoral, que una en contra del analfabetismo, antialcohólica o agrícola, todas de verdadero provecho para el país.

Tienen razón los que dicen que la marina no sirve para nada (refiriéndose a la nacional), porque nunca ha hecho algo grande para el país, habiéndose desorganizado de esta manera."

El "Tampico" cañoneado y echado a pique por el "Guerrero" en Topolobampo; el "Guerrero" estrellándose como un cascarón de huevo en las rocas del Crestón, en Mazatlán; el "Demócrata" sirviendo aún de estorbo entre la punta SE. del Islote del Almagre Grande y el Varadero Nacional en Guaymas; el "Mayo," cabalgando sobre el mismo islote; el "Morelos" varado en Mazatlán durante un combate y bombardeado por fuerzas de tierra; el "Veracruz" hundido en Tampico por sus tripulantes, después de inutilizar sus piezas de artillería, al terminar un combate contra fuerzas de tierra, frente a la escuadra americana y barcos de guerra europeos; el "Sonora" hundido de la noche a la mañana en la bahía de Veracruz; el "Covarrubias," en 1929, que pretendiendo hacer piruetas imposibles sobre las rocas de Zapotitlán durante un "norte," se fué a pique con sus palos estremecidos por el viento, como los brazos de un marino que se hunde queriendo estrechar entre ellos al horizonte, con la cara al cielo y los pies al mar, rodeado de barcos que concurren a su naufragio como simples espectadores de un acto grandioso y gratuito; el "Guaymas" encallado durante un mal tiempo, a fines de 1930, en un islote de Mazatlán; el "Zaragoza," cañoneado con éxito nulo por el acorazado "Anáhuac," en los bajos de Antón Lizardo, despedazado y hundido después por los "nortes" en los mismos bajos, de donde

dicen que aun' emergen en las grandes bajamares, su palo trinquete carcomido y rezumante de humedad, destacándose sobre el fondo azul del golfo mexicano como una gran cruz clavada en un desierto de arenas azules y movedizas, como un símbolo de nuestra marina que muere rodeada de indiferencia.

Por este pequeño resumen nos damos cuenta que todos nuestros barcos que han quedado fuera de servicio (no me referí a los más antiguos de nuestra Armada, que por razón natural ya no existen, sino a los contemporáneos de los que aun forman la actual marina de guerra), lo hicieron sin nada provechoso y ahora permanecen hundidos o clavados en las asoleadas playas, donde elevan al cielo sus cuadernas carcomidas, que mal unidas a la quilla, sin forros, semejan esqueletos de fantásticos animales antediluvianos.

Ahora es justo, es patriótico, no permitir que los barcos de guerra que existen, desaparezcan como los mencionados, siguiendo partidarismos y hasta personalismos, sino haciendo algo práctico y de provecho para el país.

También hay que asignarles un papel más noble que el de morir fondeados en el puerto tal o cual sin ninguna actividad, y a sus oficiales el más honroso que el de parásitos del erario, cuando están preparados para algo mucho mejor.

En lugar de que estos barcos carcomidos, de máquinas asmáticas, sucumban en la lucha que diariamente sostienen el líquido exterior y el cemento con que interiormente se obstruyen las vías de agua, se vayan a pique con sus anclas "hechas fósiles" por tanto tiempo de estar enterradas en el fondo de los puertos, perezcan desempeñando una labor encomiable. Quince, cinco, un viaje que hagan como máximo conduciendo repatriados a playas nacionales, verdadera inyección de sangre mexicana al pueblo mexicano, es más provechoso que desintegrarse poco a poco tomados por el orín y la broma.

Esta idea quizá sea recibida con más de una sonrisa burlona, porque no es de aquellas que se presentan con atabales, tambores, chirimfas o trompetas guerreras que remedan la trompeta de la Fama.

A bordo del "G. C. 2." marzo de 1931.

